

LOS PELOPIDAS

DE JORGE LLOPIS



ÁNTRAX, el rey de Tebas, marchó a la guerra que armó Helenita de Troya. A su vuelta encuentra su trono ocupado por un usurpador, Phideos, y a su mujer, la reina Elektra, en brazos de mismo sujeto.

A partir de ahí, una serie de situaciones hilarantes, rozando lo esperpéntico, se van a desarrollar ante nuestros ojos y para nuestro regocijo.

Con este ejercicio teatral, pretendemos simplemente hacer pasar un buen rato, desmitificando todo lo que de "gravedad" pueda tener el carácter excesivamente melodramático de algunas etapas del teatro clásico.

Personajes

Ántrax, rey de Tebas

Elektra, su esposa

Phideos, usurpador del trono

Acidia, decrepita nodriza

Faetón de Estraza, filósofo

Creosota, fámula y pitonisa

Menestra, púber canéfora

Zeus tronante

Mercurio, su hijo

Mensajero, del servicio postal

CORO:

Mitilona

Philipona

Aspasia

Parthenisa

Arreforisa

Cronicón

Arsinoé

y demás hombres y mujeres de la ciudad de Tebas

Decorado

Una explanada delante del palacio de los Pelópidas, en Tebas. La entrada propiamente del palacio se halla a la derecha del actor. Arriba de la puerta, como era costumbre entonces, hay un tímpano que tiene cosas esculpidas. El lateral izquierdo se pierde entre columnas del mismo alto. Es el camino de la ciudad doliente y maldita. En el foro izquierda hay una elevación flanqueada siempre por columnas, Más lejos se divisa el templo y, al fondo, la ciudad. Arriba, el cielo infinito, aquel cielo helénico del que lo mismo podía caer lluvia o nieve, que cualquier deidad que no tenía nada que hacer y se daba una vueltecita por la tierra.

ACTO PRIMERO

Al comenzar la acción, la tarde se halla en todo su apogeo; esto quiere decir que hay mucho sol en escena. El apogeo no es necesario que se vea. Diseminados por todas partes, en actitudes estáticas y dolorosas, como figuras de un friso helénico, pero mal esculpido, se hallan los individuos pertenecientes a esa entidad colectiva que los griegos denominaron Coro, que, desde luego nada tiene que ver con aquellos de “¿Dónde estarán nuestros mozos, a la cita no quieren venir...?” Como para ambientar al público los empresarios se van a negar a que los acomodadores, vistiendo severas túnicas, repartan entre el respetable jarras de rico hidromiel y vino de Chipre, para ambientar más modestamente, antes de que el telón se levante se ha escuchado una triste melopea que, una vez comenzada la acción, continúa escuchándose hasta que el Coro abandona sus actitudes de quietismo y punzante dolor y recita con voz lastimera lo que sigue:

MITILONA — ¡Oh, Tebas inmortal, mira a tus plantas
cual se quiebran de horror nuestras gargantas!

PHILIPONA — ¡Mira a tus hijos, pálidos, diezmados,
por todas las miserias azotados...!

ASPASIA — ¿Castigo tan injusto merecimos?
¿Qué te hicimos, Olimpo? ¿Qué te hicimos?

PARTHENISA — Esta ciudad, rival de Mitilene,
donde se queda todo aquel que viene.

ARREFORISA — Esta hermosa ciudad, mejor que Milos,
porque le gana a aquélla en peristilos.

ASPASIA — Esta ciudad, antaño respetada,
 por Píndalo y Homero visitada
 (pues gracias a sus aires y a sus vistas)
 se llena de dolores y blasfemias,
 ve cerrarse sus doctas academias
 y los dioses, en fin, no nos socorren
 ¿Qué es esto, justo cielo?

PHILIPONA — ¡El despiporre!
 Antes era patente y bien notorio
 que todo eran festejos y jolgorio.

MITILONA — Y la causa de tanto regocijo
 es que había cebada, trigo, mijo,
 y el campo producía, bien labrado,
 cada melón así (mal señalado).
(Señala el tamaño del melón.)

ASPASIA — Pues ¿y el clima? ¡Un auténtico tesoro!
 Las gentes se ponían como un toro.
(Hablando mal y pronto.)

PARTHENISA — ¿Y las aguas? Fresquísimas, sabrosas
 efervescentes y ferruginosas

CRONICÓN — Nuestras bellas mujeres las bebían
 y hay que ver qué colores les salían.

PHILIPONA — Antrax, que era el arconte de esta tierra,
 marchó a Troya, do dicen que hubo guerra.
 Y hemos visto, al faltarnos el arconte
 que no todo es orégano en el monte.

ARREFORISA — Primero hubo sequías virulentas;
 más tarde tempestades y tormentas.

MITILONA — Después se sale el río y nos inunda;
 luego vino una peste atroz e inmundada

ASPASIA — Y para colmo, endémicas, dañinas,
 están causando estragos las anginas.

CRONICÓN — Total que, cual periplo de los nautas,
 llevamos entre pitos y entre flautas,
 una delicia de temporadita.

ASPASIA — La casa es una trágica ruina

desde el cuarto de estar a la cocina
y no bastan barnices y "mistoles"
para limpiar los atrios y los "joles".

PARTHENISA — Por culpa de rencillas y pependencias,
suben cada vez más las subsistencias,
y hay que ser Ifigenia o Menelao
para poder probar el bacalao.

ARTEFORISA — Mas ¿quién es el que llega y se aventura
hasta el umbral de nuestra desventura?

PHILIPONA — ¿Quién viene por el atrio venerando
de nuestro rey, al parecer andando?

CRONICÓN — ¡Es Creosota!

ARTEFORISA — ¡La esclava!

MITILONA — ¡Oh flor del Gnido!,
contempla al pueblo triste y desvalido.

PARTHENISA — ¡Loor a ti!

ASPASIA — ¿Qué tal, qué tal te va?

ARREFORISA — ¿Cómo estás?

PARTHENISA — ¿Cómo estás?

CREOSOTA — ¡Comme ci, comme
ça!

(Por el camino ha entrado, en efecto, Creosota. Como su nombre indica, es una mujer misteriosa que habla con voz profética y honda. Viste un largo y holgado chitón y lleva en la cabeza las ínfulas de las sacerdotisas. A su entrada se apoya en una columna, que no se queja por ello, y eleva sus hermosos ojos color violeta pocha al cielo de la tarde. El Coro comenta:)

PHILIPONA — ¡Qué misteriosa es y qué enigmática!

ASPASIA — ¡Qué triste, qué solemne, qué hierática!

ARREFORISA — ¡Qué importancia se da!

CRONICÓN — ¡Y qué rica que está!

ASPASIA — Tú, que en los libros mágicos y gnósticos
has aprendido augurios y pronósticos.

PARTHENISA — Tú, que lo mismo vas y vaticinas
que haces una fritada de sardinas.

PHILIPONA — E igual al porvenir citas y nombras
que al balcón sacudes las alfombras.

ARREFORISA — Tú, que, ahora del servicio doméstico sumisa

fuiste antaño de Delfos pitonisa;
tú, que estuviste en Áulido y en Rodas
y te las sabes todas,
por la sagrada clámide de Hera,
vaticina qué suerte nos espera.

(Creosota, sin prisa, sale poco a poco de su misterioso sopor).

CREOSOTA — Dejad que me concentre.

PARTHENISA — Sí, creosota.

CREOSOTA — La senda de la Hados es ignota
y a veces sus secretos no evidencio

(Creosota se coloca en actitud de adivinar el futuro, concentrada, con ambas manos sobre la frente, los pulgares en las orejas.)

PARTHENISA — Escuchad en silencio,
aunque al verla, se me imagina
que va a hacer un anuncio de "aspirina".

CREOSOTA — ¡No puedo ver...! Difuso es el futuro,
deshilvanado, nebuloso, oscuro...

(Transición.)

Dadme aquella jofaina. El agua clara
el destino del hombre nos declara.

(Una de las mujeres del Coro le entrega la jofaina llena de agua. Creosota la mira con fiereza unos instantes. Luego:)

Veo, veo...

MITILONA — ¿Qué ves?

CREOSOTA — Una cosita.

MITILONA — ¿Con qué letrita?

CREOSOTA — ¡No, no haré la cita!

(Deja caer la jofaina al suelo y retrocede, llena de espanto y reconcomio)

CRONICÓN — ¡Habla por el divino Caduceo
de Mercurio! ¿Qué ves?

ASPASIA — ¿Qué ves?

CREOSOTA — Pues veo...

Veo el campo, ese campo en sazón,
que labráis por ganar el sustento,
agotarse sin ton ni son
y sin dar siquiera un pimiento
morrón.

(Avanza unos pasos, tensa, fatídica y vaticinante).

¡Veo a Ántrax sufrir su derrota...!

Veo a Elektra morir... ¡Zeus me asista!

ASPASIA — Pues si ves esas cosas, Creosota,
que Plutón te conserve la vista.

CREOSOTA — ¿No creéis en mi augurio cabal,
que interpreta el secreto del Hado?

Pues oíd de mi vida el serial
y dejemos al Hado de lado.

En Ampurias nací cierto día
que pasaron volando las Furias.

No me importa. Soy honda y bravía.

En Ampurias nací y soy de Ampurias.

Me crié en un país del Oriente,
conocido también por Levante,
donde el hombre se tapa la frente
con un trapo llamado turbante.

Yo he cruzado la Media, trotando
en carrera veloz de hora y media,
pero pronto acabé, comprobando
lo que es una carrera en la Media.

Hacia Chipre, esa isla elegante,
dirigí mi incansable *galop*,
y al mirarla surgir tan fragante
y tan límpida, díjeme: *Stop!*

Me detuve, olvidada mi prisa,
y la voz espectral del Futuro

escuché. Quise ser pitonisa,
 que es oficio bastante seguro.
 El atuendo chiprés que yo ostento
 es el pago de mi abnegación.
 Soy sibila. Se nota al momento
 en mis ínfulas y en mi chitón.
 Y al mirarme pasar tan tranquila,
 todo el mundo me dice después:
 “¿Dónde vas con chitón de sibila?
 ¿Dónde vas con vestido chiprés?”

(Procedente del palacio llega Phideos, antaño consejero real: ahora, rey de Tebas. A Phideos no le hace gracia el discurso de Creosota y avanza torciendo la regia nariz). DA UNAS PALMADAS.

PHIDEOS — ¿Qué acontece, ¡oh, esclava!, qué escuché cuando en el atrio regio puse el pie?
 ¿Qué trama estás urdiendo con perfidias?
 ¡Pues, ea, se acabó! ¿No te fastidia...?
 ¡No quiero que urdas más con gesto burdo!

CREOSOTA — ¡Pero si yo no urdo!

PHIDEOS — ¿Me vas, esclava vil, a desmentir?
 ¿Que no urdes dices?

CREOSOTA — ¡Yo qué voy a urdir!

MITILONA — ¡Tiene razón el rey en censurarla!
 ¡Vamos a lapidarla! ¡A lapidarla!

(Creosota, horrorizada, busca protección arrojándose a los pies de Phideos).

CREOSOTA — ¡Impide al pueblo sus tristes fines prohibiéndoles tocar los adoquines!

PHIDEOS — ¡Dejadla en paz! Elektra la protege, porque a su lado teje y, además, ganó el premio, según creo, de la “Canción moderna del Pireo”.

PHILIPONA — ¡Pues si Elektra protege a la doncella, lapidémosla a ella!

PHIDEOS — Elektra es vuestra reina y es de lesa

majestad esa empresa.

Dentro está con sus hijos amorosa,
madre feliz y tierna y dulce esposa.

ARREFORISA — ¡Pues ya que lapidarla no podemos,
porque es reina, a los niño lapidemos!

PHIDEOS — ¡Alto! ¿Por qué tenéis esa manía
de lapidar un poco cada día?

ASPASIA — Es que no lapidamos desde enero,
cuando aquel que robó el gallinero,
y ahora lapidar el pueblo anhela.

CREOSOTA — ¿Por qué no lapidáis a vuestra abuela?

CRONICÓN — ¡Pues no está mal pensado! ¡A lapidarla!
*(El Coro se dirige con regocijo a lapidar a su abue-
la. Phideos lo detiene.)*

PHIDEOS — ¡Silencio, silencio y escuchad mi propia parla!
Que el pueblo, ¡viva Zeus!, de hablar se abstenga;
que nadie mis deseos contravenga...

¡Tengo una arenga que a deciros vengo
y cuando tengo arenga, vengo y arengo!

(Se produce un hondo silencio. Phideos arenga).

Gracias a cierto pacto que confieso
haber firmado ayer con el rey Creso,
¡oh, pueblo!, a disfrutar vas, sin jactancia
del cuerno (con perdón) de la abundancia,
que es objeto largo que echa cosas:

frutas y gemas, flores olorosas,
oro, plata, jarrones, cincelados,
giros, cheques, valores declarados...

Por eso, ¡oh, pueblo!, todos tus anhelos
se van a ver colmados por los cielos,
pues en vez de gemir en el Averno
vais todos a tener desde hoy un cuerno.

PHILIPONA — ¡Albricias!

MITILONA — ¡Gloria!

ASPASIA — ¡Seas muy loado!

PHIDEOS — ¡Esperad, que aún no he terminado!

ARREFORISA — ¡Habla, Phideo, ya!

PHIDEOS — Os interesa
saber que habrá mantel en vuestra mesa
y como es cosa trágica y cruel
que tengáis que comeros el mantel,
encima quiero que haya siempre un plato
lleno hasta rebosar de algo muy grato.
Yo, Phideos, os juro en este día
que os he de dar el plato a que aludía,
y entre dorios, corintios y nemeos
será famoso el plato de Phideos.

ASPASIA — ¡Loor a aquel que al pueblo sabe amar!

CRONICÓN — ¡Víctos a ti, Phideos!

PHIDEOS — A mandar.

(El coro va saliendo lentamente mientras se oye la triste melopea que sirvió de fondo musical al principio del acto. Cuando al fin solos, Creosota dice con gran emoción:)

CREOSOTA — Me ha salvado la vida
y la esclava Creosota no lo olvida.
Mas, ¿por qué no te portas con cordura
y me dejas marchar a la ventura?
¡No quiero ser esclava
y estos montes me llenan de pavora,
pues al clima de altura
prefiero, sin dudar, la Costa Brava!

PHIDEOS — Liberarte no puedo. He de tenerte,
pues en Argos me han dicho que traes suerte.
No insistas. Muerto el rey, yo soy quien manda,
y os rijo y os gobierno...

CREOSOTA — ¡Vamos, anda!
¡Dame la libertad! ¿No te traspasa
de dolor el saber lo que me pasa?

PHIDEOS — En Ática nací y tengo el tesón
que heredé de mi abuelo, Filemón,
y si ático nací, cual es el caso,
seré un ático, sí, mas sin traspaso.

(Entran Acidia y Menestra. La primera es la vieja nodriza de Ántrax, una anciana decrepitísima. La segunda es una muchacha joven, casi una niña, vamos, una púber canéfora, que vaya usted a saber qué diantres es eso).

ACIDIA — ¡Alto allá!

PHIDEOS — Di, ¿a qué vienen esos gritos?

ACIDIA — ¡A que os pillé juntitos!

¡Por la cabra Almatea,
que es un nombre de leche condensada,
que tu acción, ¡oh, Phideos!, es muy fea
y no me gusta nada!

¿Engañar a la reina no te espanta
con esta suripanta...?

CREOSOTA — ¡Ay, mi madre!...

ACIDIA — ¡Rey pérfido!

PHIDEOS — ¿Qué?

ACIDIA — ¡Quieto!

PHIDEOS — ¡Oye, a ver si hay respeto!

MENESTRA — ¿Y no has dejado al pueblo estupefacto
diciendo que con Creso has hecho un pacto?

¡Pues es falso!

PHIDEOS — ¡No!

MENESTRA — ¡Sí!

PHIDEOS — ¡Yo pierdo el seso!

CREOSOTA — ¿Es eso cierto?

MENESTRA — ¡Nos la da con Creso!

PHIDEOS — ¡Acúsame, oh doncella delatora!

¡Acúsame!

ACIDIA — ¡La reina!

CREOSOTA — ¡La señora!

(En el umbral de la puerta del palacio aparece Elektra. Es la reina. Por eso se produce a su entrada un respetuoso silencio. Ella avanza lentamente y dice, con empaque de matrona:)

ELEKTRA — ¡Por las uvas de Baco!...

¿A qué viene en mi casa esta alharaca

y toda esa matraca?
 ¿De quién la culpa fue? ¿De esta bellaca
 o de la tierna niña currutaca?
 ¡Por los catorce signos del Zodiaco!...
 ¿Pues esto se acabó! Para el futuro
 yo tomare medidas. Os lo juro
 por todos los amantes, cuya historia
 me viene de repente a la memoria:
 Hero y Leandro, Andrómeda y Perseo,
 Dafnis y Cloe, Eurídice y Orfeo
 y aquellos dos que el amor jamás separa:
 Palomino y Vergara.
 ¿Qué ocurría?
 (*Pausa. Todos bajan los ojos al proscenio.*)
 ¿Calláis? ¡Pues vaya gente!
 ¡Si Ántrax resucitara de repente...!
 Porque desde que él falta, ya lo ves,
 esto, chico, es el "Huerto del Francés"...
 ¿Quién fue el culpable de la tremolina,
 la chica, la nodriza, la adivina?

CREOSOTA — La nodriza su lengua no recata
 y es bastante chivata.

PHIDEOS — Y respecto a aquel Ántrax tan funesto...

ELEKTRA — ¿Ahora me sales con esto?

¿Su recuerdo envenenas
 cuando sabes que siempre fue un Mecenas,
 que construyó en Esparta un propileo
 más bello que el de Atenas?
 Y para dar corona a su deseo,
 aparte los jornales
 donaba a los honrados menestrales
 cuatro cargas de arena, dos de cal...
 en fin, el necesario material
 y en época peor, o no tan buena,
 les daba una de cal y otra de arena.

ACIDIA — Phideos va buscando la ocasión

de hacer un nombrecito.

ELEKTRA — ¡Maldición!

¿Es cierto lo que dice el ama seca?

PHIDEOS — Pues, te diré, muñeca...

ACIDIA — No le creas, Elektra, no seas boba...

Phideos es audaz y contumaz,
lenguaraz, pertinaz, procaz, mordaz
y un incapaz secuaz...

ELEKTRA — ¡Basta ya, joroba!

¡Basta ya, que al oíros os confieso
que de vergüenza vibro y me arrebato
y que estoy ya de ti, de ésta y del gato
hasta la punta del Peloponeso!

(Y señala el Peloponeso. Acidia, muy afectada, cae a los pies de Elektra y dice desde allí, llorosa y desmadejada:)

ACIDIA — ¡Lo que has dicho de mí no tiene nombre!

Yo, que fui para ti más que una amiga
y me porté contigo como un hombre,
aunque esté mal, caray, que yo lo diga...
¡Yo que eché por servirte hasta las muelas
sin merecer desdenes ni amenazas...!
Si deseabas miel, miel sobre ojuelas.
Si no querías caldo, pues... tres tazas.

(Elektra la ayuda a alzarse del cochino suelo)

ELEKTRA — Levántate del suelo y deja el llanto,
que se te mancha el manto.

MENESTRA — De todo lo que pasa, la culpable
es esta esclava vil y miserable.

(Señala a Creosota, que, alejada de los demás está como en trance, con ojos cerrados. Silencio. Todos contemplan a Creosota)

ELEKTRA — ¡Me cae más gorda...!

PHIDEOS — ¿Es cierto?

ACIDIA — ¿Es cierto?

ELEKTRA — Digo...